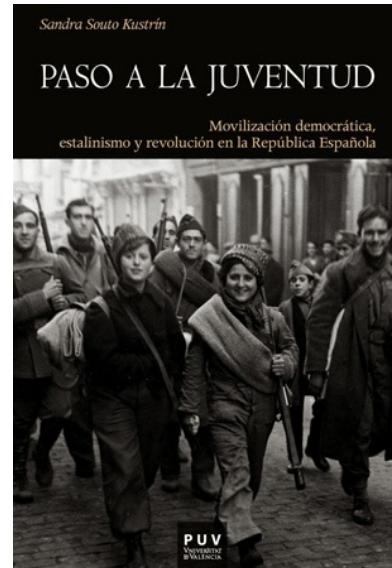


Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española, de Sandra Souto Kustrín¹

Fernando Hernández Sánchez

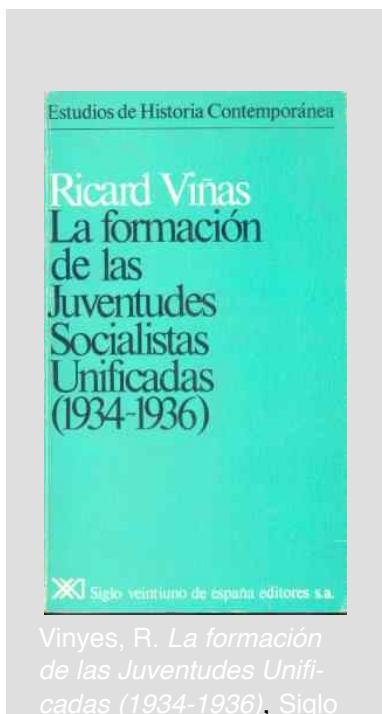
Universidad Autónoma de Madrid.

Cualquiera que vea un documental ambientado en la Europa de la convulsa década de 1930 obtendrá la impresión del peso desmesurado de la juventud en aquel periodo. Juventud en términos demográficos —por ejemplo, la población española entre los 14 y los 25 años suponía el 22%, frente al 10% de hoy— y en términos ideológicos: aquella cohorte numerosa y radicalizada en un escenario de crisis hizo sus primeras armas bajo el flamante influjo combinado del Octubre soviético y del Frente Popular. Fue también la generación que, en pleno proceso de cuestionamiento del mundo heredado de la fracasada experiencia histórica de sus padres, un mundo enterrado en los campos de batalla de la Gran Guerra, mortecino en los escleróticos parlamentos de propietarios y vagabundo entre las ruinas industriales originadas por la Gran Depresión, nutrió las filas tanto de la revolución como de la contrarrevolución fascista. Una irrupción en la vida política que se observó con aprensión por los gobiernos burgueses, con una mezcla de fascinación y prevención por parte de los sectores intelectuales y los partidos clásicos, y con afán de instrumentalización por los pujantes sistemas totalitarios. Es de esta encrucijada de la Historia del corto siglo XX y de sus protagonistas en el ámbito español de lo que trata el libro de Sandra Souto. Si en un trabajo anterior —«*¿Y Madrid? ¿Qué hace Madrid?*» *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, 2004— abordó las pautas de la movilización en el contexto de la República amenazada en torno a 1934 y sus consecuencias en la reorientación de las posiciones que condujeron a la formulación de la táctica fentepopulista, en *Paso a la juventud* Sandra Souto profundiza en las características y el papel de las organizaciones juveniles en la República en guerra.



El libro tiene un protagonista principal: La Juventud Socialista Unificada (JSU), la resultante de la fusión —aunque nunca culminada con un congreso formal— de la Federación de Juventudes Socialistas (FJS) y de la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE), cuyo éxito le llevó a ser, con más de 350.000 afiliados en 1937, la organización juvenil izquierdista más grande del mundo tras el *Komsomol* soviético. No quiere decir esto que la autora no preste atención a otros grupos o los trate como epifenómenos: la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), principal-

¹ Sandra Souto Kustrín, *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, Valencia, PUV, 2014, 452 pp.



mente, y las secciones juveniles republicanas y asociaciones estudiantiles también son objeto de análisis, así como las tentativas de formulación de alianzas o estructuras unitarias que imprimieran una unidad de objetivos a la juventud combatiente. Pero lo cierto es que, en la dinámica vertiginosa de la guerra, la JSU brilló como un astro de referencia. Todo el movimiento juvenil se definió en relación a ella, en oposición a ella o en conflicto dentro de ella.

El libro de Sandra Souto viene a culminar el estudio de las organizaciones juveniles que inició Ricard Vinyes con su clásico sobre *La Formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*. Las juventudes de los partidos, en principio meras secciones de encuadramiento por edad, jugaron un papel de vanguardia en la adopción de políticas que sus mayores siguieron a rebufo o ni siquiera acertaron a aplicar. Suyas fueron las primeras acciones unitarias, como las que todavía en el verano de 1934 prefiguraron la alianza socialista/comunista que desembocaría en Octubre. Suya, también, la iniciativa de aproximación que culminó en una de las unificaciones pioneras —las otras serían las de la Confederación

General del Trabajo Unitario (CGTU) y la UGT, y la fusión de cuatro partidos catalanes que originó el nacimiento del PSUC— de la aplicación de los preceptos aprobados por el VII Congreso de la Komintern. La JSU se convirtió en el catalizador del esfuerzo de guerra de la República. Incorporó a miles de nuevos afiliados sin experiencia militante previa, los alfabetizó y educó políticamente, dio cauce a la incorporación de las mujeres jóvenes a la militancia y a la asunción de responsabilidades directivas, y extendió la politización a edades tempranas mediante el movimiento *¡Alerta!* o los pioneros. La JSU condensó la pulsión, común al pueblo republicano desde 1931 pero galvanizada por el contexto de la guerra, orientada a la consecución de la justicia social, la educación popular, el laicismo, la redistribución de la riqueza y el rechazo a la oligarquía. A ello añadió ingredientes propios: la entusiasta movilización femenina, el empleo de las vanguardistas técnicas de *agit-prop* (arte, literatura y cine), las demostraciones de masas y los mítines-relámpago en contacto directo y constante con una sociedad en ebullición. Puso todo su peso en la contribución a la defensa de la República en las condiciones de una guerra total, con la reclamación de un mando centralizado, una industria de guerra potente y la supeditación de los objetivos particulares a la victoria común.

La influencia ganada no lo fue, contrariamente a lo que se ha repetido constantemente, a costa de otros. En política, uno no gana terreno solo porque se lo merezca, sino también porque hay otros que lo ceden. Como no podía ser de otra manera, la vigorosa irrupción de una fuerza de estas características generó recelos y conflictos con las que hasta entonces habían usufructuado un espacio. De ahí los planos de competencia, aunque también de intersección en forma de alianzas temporales, en que se movieron socialistas unificados, libertarios y jóvenes republicanos. No fueron menos dialécticas las relaciones en el interior de la JSU. A caballo entre dos partidos y dos internacionales, como describe Souto, en un equilibrio inestable determinado por el juego contra-

dictorio de corrientes en el seno del socialismo y la atracción magnética por un referente comunista prestigiado por la ayuda internacional (Brigadas Internacionales, armamento, demostraciones de solidaridad), la organización experimentó una inclinación progresiva hacia este último polo en detrimento del socialista que determinaría la aparición de líneas de fractura conducentes a su implosión cuando desapareció del horizonte cualquier esperanza en la victoria.

Sobre los derrotados cayeron los golpes de la represión en el interior y menudearon las invectivas motivadas por las querellas del exilio. Por persecución y por erosión, el tejido asociativo juvenil construido durante la década anterior fue deshaciéndose al tiempo que para algunos sectores se erigía en mito. No todo se perdió: como afirma Souto, fueron la intensidad de aquella movilización y la entrega absoluta de los jóvenes a ella las que determinaron que la reconstrucción de las primeras organizaciones clandestinas, bajo las siglas de «los mayores», fuese obra de militantes y dirigentes juveniles. Ese fue uno de sus legados.